

# Aznar liberal: un proyecto histórico

Raúl González Fabre

*José María Aznar eligió uno de los auditorios de la Universidad de Georgetown, en Washington D.C., para la presentación el pasado febrero de la propuesta sobre un Área Atlántica de Prosperidad abierta<sup>1</sup> que la fundación FAES ha preparado<sup>2</sup>. Junto con el expresidente intervinieron dos de los autores de la propuesta, Pedro Schwarz de la UAM y Francisco Cabrillo de la UCM, y Ian Vázquez, director del Proyecto Libertad Económica Global del Cato Institute, un conocido «think tank» neoliberal americano. La propuesta fue luego presentada en Bruselas en marzo, y suponemos que seguirá pronto una presentación en España.*

<sup>1</sup> AAP en lo que sigue.

<sup>2</sup> El documento completo puede descargarse del website de la fundación: <http://www.fundaes.es/documentos/AREA%20ATLANTICA.pdf>, 338 pp.

Tuvimos la oportunidad de estar presentes en la sesión de Georgetown, de la que nos gustaría compartir con los lectores algunas impresiones. Lo hacemos en tres puntos: ésta es una propuesta concreta de calado histórico, no un mero juego de conceptos; su significado histórico, sin embargo, no está claro, porque falta por desarrollar en detalle un punto esencial; su viabilidad política en este momento es nula, pero precisamente porque hay contenido, la propuesta no debe ser despreciada.

## La propuesta de AAP

En pocas palabras, se propone la integración económica plena de la UE y los EE.UU. en materias de bienes, servicios, inversión y conocimiento,

eliminando las innumerables barreras que hay entre las dos áreas económicas, y las que restan dentro de la UE después de la práctica paralización de la Agenda de Lisboa y del proceso constitucional. Los autores recogen los números que muestran la dinámica en marcha de una economía «euramericana», para la que piden expresión política con la idea de que mayor integración económica llevará luego a mayor capacidad política conjunta. Parte importante del documento se dedica a presentar de manera clara y pedagógica los tipos de barreras arancelarias y no arancelarias existentes en el ámbito atlántico, y a proponer soluciones para eliminar todas y cada una de ellas. Se afirma la deseabilidad del libre tránsito de personas entre EE.UU. y la UE, pero reconociendo que razones de seguridad podrían limitarlo.

Las ventajas que se esperan de un paso tan radical son las características de los acuerdos de integración económica, que los gobiernos de Aznar supieron aprovechar particularmente bien para España respecto a la UE: incremento del producto total, ubicación más eficiente de los recursos, consolidación del Área Atlántica como líder global de la economía del conocimiento, incremento de la competencia, de la inversión y de la creación de empleo... En suma, la dinamización de

las economías y el crecimiento permanente del bienestar que la liberalización suele cumplir cuando los socios son de envergadura comparable. Ello además debería producir un «efecto desborde» hacia la economía mundial en su conjunto, y consolidar los lazos político-culturales entre Estados Unidos y Europa con vistas a cierta acción conjunta en la configuración de la sociedad global.

### Dos objeciones y sus respuestas

Los redactores del proyecto cuidan de responder (inicialmente) a dos posibles objeciones. *En primer lugar*, podría acusarse a la propuesta de prescindir de los esfuerzos multilaterales de liberalización del comercio mundial en torno a la Organización Mundial de Comercio (Ronda de Doha), para tomar un atajo bilateral. Sería algo parecido a lo que el gobierno Bush ha hecho respecto al ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas). Cuando Brasil, Argentina y algunos otros países decidieron no aceptar los términos propuestos para el ALCA, los EE.UU. prefirieron abandonar el proyecto de conjunto e iniciar negociaciones bilaterales con quienes lo desearan. Centroamérica, República Dominicana y Perú ya han alcanzado acuerdos de libre comercio con los EE.UU., mientras otros paí-

ses siguen negociando o han anunciado su voluntad de hacerlo (incluyendo Uruguay, lo que podría sacarle del muy problemático Mercosur). En el caso latinoamericano, el reemplazo del ALCA por tratados bilaterales de libre comercio implica que los países que alcancen esos tratados se integrarán mejor con EE.UU. pero no entre sí, de manera que, al menos en principio, la elección de la alternativa bilateral viene a frenar la multilateral. ¿Ocurriría algo parecido con el AAP respecto a la Organización Mundial de Comercio?

Los redactores del proyecto sostienen que ocurriría lo contrario. La Ronda de Doha está a punto del fracaso final, por el enfrentamiento entre las exigencias de los países desarrollados en materia de protección a los derechos de propiedad, y las exigencias de los países en desarrollo sobre eliminación de la protección (de hecho, subsidio) a la producción agrícola del Primer Mundo. El AAP sería una suerte de «Doha plus» entre EE.UU. y la UE, cuyos participantes tendrían nuevas razones para actuar de manera unitaria en la promoción del libre comercio mundial, donde ahora formarían un bloque coherente y abierto. Los demás países, por su parte, podrían verse estimulados por las perspectivas de acceder al mayor mercado del mundo. El AAP

debería así reforzar en vez de debilitar los esfuerzos de la OMC, pero sin depender de un acuerdo global como ellos.

*La segunda objeción engrana con esta primera: ¿No sería el AAP un club para ricos occidentales, que dejaría al margen a los países más pobres, condenados a la miseria de*

---

*el AAP se propone*

---

*la integración económica*

---

*plena de la UE*

---

*y los EE.UU. en materias*

---

*de bienes, servicios, inversión*

---

*y conocimiento eliminando*

---

*los innumerables barreras*

---

*que hay entre las dos áreas*

---

*económicas, y las que*

---

*restan dentro de la UE*

---

un aislamiento creciente respecto a los mercados que podrían apalancar su desarrollo? Aquí entra en juego el adjetivo «abierto» con que se califica al AAP desde el mismo título de la propuesta. Tres mecanismos de apertura se prevén: ofrecer a los países que tienen acuerdos de libre comercio con la UE o los EE.UU. la plena integración en el AAP (lo que incluiría a varias naciones latinoamericanas); bajo ciertas condiciones político-institucio-

nales, otros países podrían unirse al AAP con un estatus de «nación más favorecida» que les otorgaría los mismos beneficios de los miembros plenos (lo que pretende estimular la modernización de las naciones más pobres); los países que ya están en capacidad de cumplir con las reglas del AAP tendrían derecho automático a incorporarse (lo que se dirige

---

*ventajas: la dinamización*

*de las economías*

---

*y el crecimiento permanente*

*del bienestar que la*

---

*liberalización suele cumplir*

*cuando los socios son*

---

*de envergadura comparable*

---

a otras economías desarrolladas: Australia, Japón, Singapur, tal vez Sudáfrica y Brasil). El documento insiste en que las condiciones de entrada en el AAP deberían ser públicas, transparentes y no discriminatorias.

### Primeras reacciones

En la sesión de Georgetown, los redactores del proyecto defendieron enfáticamente la eliminación de las barreras al comercio agrícola para que la vinculación de países pobres (pero que sostengan los valores po-

líticos occidentales y desarrollen instituciones económicas adecuadas) encuentren en el AAP la oportunidad de desarrollarse colocando sus productos agrícolas en el Primer Mundo. De esta manera, FAES recoge la reivindicación central de los países en desarrollo en la Ronda de Doha, condicionándola a la adhesión a este nuevo «bloque occidental» (que no necesitaría serlo geográficamente, como hemos visto).

Como ocurre con la Unión Europea, esto es más que un proyecto económico. El AAP sólo es posible a partir de una visión compartida de la sociedad libre, tanto en lo político como en lo económico. Y tiene entre sus propósitos utilizar la zanahoria económica (el libre acceso al mayor mercado jamás existente) para seducir a otros países menos desarrollados por ese mismo camino. Esto engarza con una propuesta previa de FAES acerca de la expansión de la OTAN como instrumento armado de los países democráticos frente a las nuevas amenazas.

### Significado histórico de la propuesta

A diferencia de la *alianza de civilizaciones*, cuyos contenidos son, por decir lo menos, borrosos, aquí hay una propuesta concreta motorizada por un proyecto económico con

raíces e intenciones político-culturales claras. El AAP no sólo dinamizaría las economías de EE.UU. y la UE, sino que también establecería un modelo de relación entre sociedades sobre los valores occidentales, al que otros podrían sumarse. De esa manera, promovería los valores occidentales (se entiende de la modernidad liberal) a través de una oferta que abriría a terceros grandes oportunidades económicas y políticas. Ello podría mover a muchas sociedades a abandonar otras posibilidades (la *Umma* de los creyentes como proyecto político, por ejemplo) y focalizarse hacia la occidentalización de sus instituciones, y con ello de su cultura pública. Esta es una lógica semejante a la que lleva al gobierno Bush a promover entusiásticamente la entrada de Turquía en la UE.

Si hubiera que situar la idea desde el punto de vista geopolítico (lo que los autores no hacen; es extrapolación nuestra), podrían utilizarse dos referencias: la paz perpetua de Kant y el choque de civilizaciones de Huntington. El libre comercio y el gobierno liberal garantizan la prosperidad de las naciones y la paz entre ellas, según Kant. Esto es lo que se promete para los países que se incorporen al AAP, y parece razonable, sobre todo porque en la propuesta de FAES se aborda con gran radicalidad liberalizadora

(salvo respecto al movimiento de personas, se propone la demolición de casi toda otra barrera a la libre comunicación económica). La tesis de Kant sobre la contribución del comercio a la paz y la seguridad cuenta con la evidencia a su favor. Las bases de datos sobre conflictos internacionales nunca han registrado una guerra entre dos democracias liberales. Amartya Sen nos recuerda que en el siglo XX nunca hubo una hambruna en un país con una democracia operante. Y, por cierto, que la construcción de la Comunidad Europea impidió, si hiciera falta, toda tentación de una cuarta guerra franco-prusiana.

Si hacia dentro del AAP, las tesis liberales de Kant iluminan el significado de lo que FAES propone, hacia afuera está menos claro. ¿Se trata de consolidar y acrecentar el bloque occidental en un horizonte de «choque de civilizaciones» como el que pinta Huntington? ¿O más bien se trata de poner el primer cristal, la semilla en torno a la cual se puedan ir agrupando todos los países, hasta disolver finalmente las inviabilidades económico-institucionales que afectan a áreas culturales enteras, fomentando resentimientos y proyectos políticos antimodernos? Con otras palabras, ¿se trata de fortalecer a Occidente para una lucha civilizatoria que se ve como irremediable, o de abrir

progresivamente al mundo las posibilidades de Occidente, de manera que el choque de civilizaciones nunca acabe de ocurrir?

La importancia de estas preguntas es grande en el contexto ideológico contemporáneo, al menos en el americano. Responder de una manera o de otra hace la diferencia entre un proyecto propiamente liberal (*libertarian*), heredero de una Ilustración que piensa las libertades modernas como universalizables, y otro neo-conservador (*neocon*), que se resigna a que la modernidad occidental no es universalizable y se prepara a defenderla frente a cualquier civilización que pretenda someterla (la actual política exterior americana es un curioso híbrido de ambas lógicas: el pensamiento de fondo es *neocon*, pero el lenguaje con que se presenta es liberal, afirmando que la mejor manera de defender la libertad es extenderla, para luego entender tal extensión napoleónicamente).

Estas preguntas sobre ubicación ideológica son nuestras. No hay nada en el documento de FAES que las plantee o permita responderlas. Probablemente todo dependa de la verdadera apertura del AAP, esto es, de cuáles sean las condiciones concretas (no especificadas en el documento) para la incorporación de terceros, particularmente de los

países pobres. Es comprensible que la dificultad política de constituir el AAP sólo entre EE.UU. y la UE, focalice la atención de los autores sobre esa cuestión, sin mayor elaboración de detalle, así que éste no es un defecto del documento sino una incógnita sobre la visión político-histórica subyacente que tal vez los mismos autores no han despejado para sí.

Si el dinamismo de apertura y expansión en que ellos están pensando es semejante al de la UE, que ha realizado el paso de seis a 25 miembros a considerable velocidad, entonces podría pensarse que el significado histórico-global de la propuesta se comprendería mejor desde Kant que desde Huntington. Si, por el contrario, la autocomplacencia de un bloque económico-cultural noratlántico consolidado impusiera condiciones muy excluyentes para la adhesión de terceros países, particularmente de terceros pobres, entonces el proyecto de FAES podría resultar más bien en el reforzamiento de un contendiente en el conflicto de civilizaciones, quizás por ello mismo también en la agudización de ese conflicto posible.

De forma muy característicamente liberal, la cuestión cultural no es tratada en el documento. Ciertamente la distancia cultural entre

EE.UU. y la UE no haría temer mayores problemas en la primera etapa del AAP, y las siguientes etapas, como decimos, no están siquiera delineadas en la propuesta presentada en Georgetown. Sin embargo, como la situación migratoria tanto en Europa como en los Estados Unidos muestra, el incremento de los intercambios comerciales y las comunicaciones acaba en movimientos masivos de personas, legales o no, cuando hay desigualdades tan grandes entre los mercados laborales como las que en este momento se presentan entre el Primer y el Tercer Mundo. Si bien el caso de la India sugiere que la libertad comercial puede dar una respuesta a través de la deslocalización de actividades productivas al Tercer Mundo, y la correspondiente mejora de los mercados laborales allá, ello está lejos de ser una fórmula segura para el control migratorio. El miedo a migraciones masivas de poblaciones culturalmente heterogéneas podría paralizar la extensión del AAP a países pobres, de una manera semejante a como está paralizando la entrada de Turquía en la UE. Sobre esto nos hubiera gustado ver más en el documento.

### Inviabile pero no desdeñable

Ian Vásquez, del Cato Institute, uno de los que intervinieron en la pre-

sentación de Georgetown, enfatizó las dificultades políticas en EE.UU. para la viabilidad de un proyecto así. Ciertamente es un mal momento para proponer la idea: la presidencia de Bush, quien podría sim-

---

*es más que un proyecto  
económico: el AAP sólo  
es posible a partir  
de una visión compartida  
de la sociedad libre, tanto  
en lo político como  
en lo económico*

---

patizar con ella, se encuentra en su momento más bajo (aprobación de menos del 30% de los ciudadanos), sosteniendo una narrativa sobre la guerra de Irak contradictoria con la del mismo liderazgo iraquí «amigo», deteriorada por las escuchas antiterroristas presuntamente ilegales en territorio americano, los abusos contra los derechos humanos más básicos de los detenidos en Irak, Guantánamo, y terceros países (los famosos vuelos de la CIA), la insuficiente respuesta al huracán Katrina que asoló New Orleans...

Acercándose las elecciones legislativas y siendo éste el último período de Bush, muchos legisladores republicanos se separan del presidente y lo critican públicamente para

evitar perder sus escaños a manos de los demócratas. Parte de la crítica incluye el deterioro de la base industrial americana a favor de la relocalización en India, China, México... Esto es normal: la globalización económica beneficia difusamente a casi todos en EE.UU. (precios más baratos) pero perjudica concentradamente a algunos (quienes pierden sus empleos o deben cerrar sus empresas). Estos últimos son los que tienden a cambiar su voto para castigar al globalizador, de manera que los tiempos de elecciones ven renacer el proteccionismo.

La situación en Europa no es mucho mejor. Aunque se han limado aristas en la relación con EE.UU., la parálisis del proceso del tratado constitucional y diversas reacciones sociales en Europa hacen sospechar que no hay mucho espacio político en este momento para nuevas liberalizaciones. Más bien se observan aquí y allá intentos proteccionistas o autarquistas a escala nacional (caso Endesa-E.On) o europea (caso Arcelor-Mittal), que ponen en cuestión niveles de integración y apertura que parecían consolidados. Como hemos señalado, el clima global es en general pesimista respecto a las posibilidades de expansión del libre comercio, ante el previsible fracaso de la Ronda de Doha de la OMC.

Así pues, el proyecto liberal de FAES no parece en sintonía con los aires que corren en este momento. Pero estas son circunstancias de coyuntura, maniobras de unos y otros para evitar determinados males locales sin dar respuesta a cuestiones más amplias. No puede decirse que un proyecto de integración a escala transcontinental alternativo al libre comercio esté en marcha, o que la integración por los mercados vaya a detenerse históricamente por algunas incapacidades políticas del liderazgo actual. Es probable que el proceso de integración económica, tan sólidamente asentado sobre el desarrollo tecnológico-comunicacional autoacelerado que vivimos, sólo pueda ser detenido por una crisis mayor de seguridad, sea geopolítica o ecológica, que fuerce a las naciones a replegarse para sobrevivir casi a cualquier costo económico. Si ello no ocurre, el empuje a hacer más y más negocios aprovechando nuevas posibilidades tecnológicas, tiene la baza alta en el largo plazo.

El proyecto de FAES, este Aznar liberal que se presentó en Georgetown, no es desdeñable, precisamente porque propone una manera de encauzar ese empuje con un propósito no sólo económico sino también político-cultural. Aunque sólo desarrolle en detalle una parte de la propuesta económica, el mar-

co en que se presenta y las intervenciones de los panelistas muestran que se trata de *un proyecto concreto* de profundización y expansión de la modernidad liberal, con vocación de gran alcance. Esto es más de lo que puede decirse de muchos otros discursos, incluida la *alianza de civilizaciones* y las consignas nacional-proteccionistas *à la parisienne*, que tanto ruido hacen en este momento.

La globalización ha comenzado por los mercados, y ninguna propuesta que prescinda del enorme poder que se genera en los mercados globales tiene mucho porvenir como configuradora del futuro. No hay cantidad de diálogo cultural, ayuda al desarrollo y discursos en Naciones Unidas que pueda vincular sociedades pacíficamente en una escala parecida a la de la integración comercial y los negocios. No deja de ser una curiosidad de nuestra época ver a los herederos de Karl Marx entregados a idealismos de ansias infinitas, mientras que sus adversarios siguen al pie de la letra el orden marxista de las razones: primero la estructura económica, y sobre ella lo demás.

El proyecto AAP podría ser criticado desde muchos puntos de vista. Aquí nos hemos limitado a señalar cierta indefinición de concepto histórico último, que tal vez los auto-

res podrían corregir con facilidad, y la no consideración de la cuestión cultural. El proyecto puede ser criticado pero no debe ser desdeñado. A la pregunta de un joven estudiante de Georgetown sobre viabilidad práctica del AAP, Pedro Schwarz, como buen maestro liberal, respondió aproximadamente: *Si te parece*

---

*promovería los valores  
occidentales (se entiende  
de la modernidad liberal)  
a través de una oferta  
que abriría a terceros  
grandes oportunidades  
económicas y políticas*

---

*que la idea vale la pena, habrá que difundirla y luchar por ella contra quienes se opongan para proteger intereses particulares contrarios al bien común.* Eso es lo que han hecho siempre los liberales frente a mercantilistas, proteccionistas, monopolistas y demás. La libertad no se consigue sin esfuerzo. La respuesta de Schwarz no es mala; es la que corresponde a un proyecto histórico. Las ideas, cuando comienzan, parecen poca cosa, pero, si responden de manera realizable a tendencias históricas, pueden crecer deprisa. Ciertamente tener ésta sobre la mesa enriquece el panorama.

Una última reflexión. Siendo el PP un partido grande que congrega tantas tendencias, nos llamó la atención ver a Aznar apoyando un *proyecto tan nítidamente liberal*, y a FAES tan en esa línea. Si bien Aznar habló fundamentalmente en clave de la relación política EE.UU.-UE, dejando la cuestión económica a Schwarz y Cabrillo, su presencia y sus palabras avalaron sin duda la propuesta de su fundación. Este es, en nuestra opinión, un desafío importante para el ala demócrata-cristiana del partido, que no debería li-

---

*el miedo a migraciones  
masivas de poblaciones  
culturalmente heterogéneas  
podría paralizar la extensión  
del AAP a países pobres*

---

mitarse a asuntos nacionales, por importantes que éstos sean.

Una *propuesta democristiana* que respondiera a las mismas cuestiones que el AAP con el mismo nivel de concreción, o que complementara la propuesta del AAP desde la sensibilidad del humanismo cristiano, ayudaría a que la visión histórica del PP no quedara por entero en manos liberales, donde siempre son de temer algunas simplificaciones y algunas limitaciones. Por otra par-

te, si sólo los liberales del PP tienen un proyecto con visión global, el PP acabará siendo un partido liberal, porque a la larga un partido político es sobre todo un proyecto colectivo de futuro. Sin ese hilo del proyecto grande, el hilo pequeño del trenzado cotidiano de intereses pierde sentido y deja de captar la imaginación política de la sociedad. Y, claro está, ya nadie en Occidente puede hacer un proyecto nacional que no incluya alguna forma de apuesta sobre la cuestión global. A quienes hoy piensan que su futuro se juega en las calles de París, mañana los hechos les despertarán no en francés sino en hindi o en mandarín.

Supongamos que, como es probable, los democristianos no tuvieran mejores ideas económicas que las presentadas por FAES. ¿Qué podrían contribuir al proyecto del AAP para complementarlo? La sensibilidad democristiana debería ser capaz de ver el destino de las personas como seres morales en mercados cada vez más dinámicos y vigorosos. Se trata de temas como la suerte del trabajo como lugar de realización humana en este proyecto, los necesarios límites a la polarización de la vida familiar hacia el mercado, la estabilidad vital de las personas frente a la disrupción constante que la innovación tecnológico-empresarial produce, el lu-

gar de las comunidades locales, regionales y nacionales como fuentes de identidad en mercados abiertos, las formas más adecuadas de incorporación de terceros países socio-culturalmente heterogéneos con los noratlánticos, la cuestión de las migraciones que el AAP sin duda generaría... Todos estos son asuntos de los que nada se dice en el proyecto de FAES, concentrado como está en la «prosperidad» entendida en términos de PIB per cápita, pero que pertenecen a la existencia concreta de las personas tal como ella es afectada por los procesos de expansión de los mercados.

Al fin, donde el liberalismo ve al ciudadano, hombre económico abstracto, el pensamiento cristiano per-

cibe más matices culturales, comunitarios, morales... que a la hora de la verdad pueden resultar decisivos para el resultado histórico de cualquier propuesta de integración económica de largo aliento. No en vano en los comienzos de la Comunidad Europea hubo probablemente más democristianos que liberales. Sería bueno que aparecieran algunos contribuyendo también a la discusión y perfeccionamiento de esta interesante idea del Área Atlántica de Prosperidad, a fin de que no sea sólo lo que la portada del libro de FAES pinta: un billete de dólar con la forma del mapa de Estados Unidos, y un billete de cinco euros con la forma del mapa de Europa, a punto de darse un besito. ■



Pilar de la Fuente:  
Serie «flores del campo»  
Óleo sobre cartón, 12,5 x 7,5